

cido tantos y tantos medios para hablarme al corazon ; no permitais que jamás sea insensible á vuestra voz.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios ; y en testimonio de este amor, *cantaré de corazon, lo mismo que de boca, las alabanzas de Dios.*

LECCION XI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Naturaleza del sacrificio. — Su necesidad. — Sacrificios antiguos. — Sacrificio del Calvario. — Sacrificio sangriento. — Reune completándolos todos los sacrificios antiguos. — La misa es un verdadero sacrificio, lo mismo que el del Calvario. — La misa es necesaria.

Si útil era explicar el oficio canónico, del cual los fieles solo rezan una parte y solo una vez cada semana, necesario es hablar detalladamente del sublime acto que se verifica cada dia en nuestros altares y al que todos los Cristianos están estrictamente obligados á asistir todos los domingos y fiestas de guardar ; este acto divino es la misa, es el sacrificio católico.

¿ En qué consiste el sacrificio en general ? ¿ Es indispensable el sacrificio en la Religion ? ¿ Es la misa un verdadero sacrificio ? ¿ Es necesaria la misa ? Tales son las cuestiones preliminares que debemos resolver.

Primeramente, ¿ en qué consiste el sacrificio ? *En la ofrenda hecha á Dios de una cosa que se destruye en honor suyo para reconocer su soberano dominio sobre todas las criaturas*⁴. El sacrificio es mas que una simple ofrenda, y lo que constituye su esencia es la alteracion ó destruccion de la cosa ofrecida, condicion indispensable que concurre en el sacrificio incruento, como veremos luego.

La definicion del sacrificio contesta á nuestra segunda pregunta, á saber : ¿ Es indispensable el sacrificio en la Religion ?

Luego que admitís á un Dios criador y conservador de todas las cosas, principio de todos los bienes naturales y sobrenaturales de que goza la criatura, estais obligado á admitir que la criatura le debe el homenaje de cuanto es y de cuanto posee ; hay mas, y es que el mismo Dios no puede dispensar á la criatura de semejante deber, por la razon de que no puede dispensarse á sí mismo de hacerlo todo para su gloria, sien do como es el fin de todas sus obras así como es su principio. Pretender lo contrario equivaldria á admitir que Dios puede obrar por otro que por sí, es decir, por un fin indigno de él ; seria despojarle de su sabiduría, seria destruir la nocion de su ser, seria negarle.

⁴ Oblatio facta Deo per immutationem alicujus rei, in signum supremi domini, ex legitima institutione. (S. Lig. *Theolog. moral.* in compend. redact. t. II, c. 4.)

Ahora bien, el único medio de reconocer y de honrar el sumo dominio de Dios, no solo sobre la vida y la muerte, sino también sobre el mismo ser, es el sacrificio; en efecto, Dios es el único autor de todo ser; para honrar su supremo dominio sobre el ser criado, es indispensable la consunción y la entera destrucción de este ser, y si en el sacrificio no queda todo destruido y consumido con la muerte de las hostias y de las víctimas, la causa está en la imperfección del culto humano y en la impotencia del hombre á quien no es dable hacer más, de modo que la muerte no es aquí propiamente sino una representación de la entera destrucción del ser, que debería hacerse en el sacrificio, como un homenaje al Ser divino y á su dominio sobre todo el ser criado.

De aquí se sigue que todo sacrificio exige la destrucción, pero no la muerte de la víctima, en cuanto la muerte no es más que uno de los modos como pueden ser las cosas destruidas ó que representan la destrucción de las cosas, pues la destrucción de las cosas ofrecidas á Dios en sacrificio bajo la ley de Moisés se hacía de diferentes maneras; por ejemplo, los panes de proposición eran destruidos por la manducación y consumidos por el fuego natural del estómago; el cordero pascual lo era por la muerte, y otras víctimas por el fuego.

Tenemos, pues, que el sacrificio es el acto esencial, indispensable de la Religión, siendo tan imposible concebir una religión sin sacrificio como á Dios sin dominio sobre sus criaturas, y como á las criaturas sin obligación de prestar homenaje á Dios. En el estado de inocencia conservada habría habido sin duda sacrificios, puesto que habría habido una religión, mas no se habrían conocido los sacrificios sangrientos, en cuanto la muerte no entró en el mundo sino con el pecado, según expresión del apóstol san Pablo¹.

Desde el pecado el sacrificio se convirtió en sangriento, y así debió ser; el recuerdo de la falta original quedó profundamente grabado en la memoria del hombre, y comprendió que tenía necesidad de una expiación. « Los dioses son buenos, y de ellos provienen todos los bienes de que gozamos, por lo cual les debemos alabanzas y acciones de gracias; sin embargo como los dioses son justos y nosotros culpables, es preciso desarmar su cólera, expiar nuestros crímenes, y para lograrlo es el sacrificio el medio más eficaz. » Esta fué la antigua creencia, y esta es aun bajo diferentes fórmulas la de todo el universo. Los hombres primitivos, de quienes recibió el género humano sus fundamentales conocimientos, se creyeron culpables, y sobre este dogma se fundaron todas las instituciones generales; de modo que

¹ Véase sobre estas nociones, la excelente obra del P. Condren, *Idea del sacerdocio y del sacrificio de Jesucristo*, pág. 48.

Véase también en santo Tomás, p. 1, q. 45, art. 5.

los hombres todos de todos los siglos no han cesado de reconocer la primitiva y universal degradación, y de decir como nosotros, si bien de un modo menos explícito: *Nuestras madres nos han concebido en el crimen*, pues no hay un dogma cristiano que no tenga su raíz en la naturaleza íntima del hombre y en una tradición tan antigua como el género humano.

Persuadido de que era culpable, de que había merecido la muerte y de que le era necesaria una expiación, el hombre inmoló víctimas, porque el mismo Dios le enseñó el mérito de los sacrificios sangrientos; en efecto, ¿cómo habría podido el hombre imaginar que un animal inmolado en su lugar le eximia de la muerte, y que Dios aceptaba esta sustitución? Á no haber sido revelada, semejante idea sería la más extraña y absurda que se pudiese concebir; mas al enseñar Dios al hombre el sacrificio sangriento, le dijo: « Eres culpable, mereces la muerte, y quiero que así lo reconozcas; para lo cual inmolará víctimas, confesando con esto que tú debieras ser inmolado; en lugar de tu sangre aceptaré la suya, te libraré de la muerte que mereces, y te perdonaré los crímenes que te hicieron digno de sufrirla. » Y para que el hombre no olvidase que él mismo debía ser la víctima, quiso Dios que se eligiesen para el sacrificio los animales más preciosos por su utilidad, los más dulces, los más inocentes, los más semejantes al hombre por su instinto y sus costumbres: en una palabra, no pudiendo inmolarse al hombre para salvar al hombre, eligiéronse en la especie animal las víctimas más humanas, si nos es lícito expresarnos así; además la víctima era siempre quemada en todo ó en parte, para hacer ver que la pena natural del crimen es el fuego, y que la carne *sustituida* era quemada en lugar de la carne culpable¹.

Los gentiles pasaron más adelante, y creyeron que cuanto más importante fuese la víctima, más eficaz sería el sacrificio; creencia que, justa en su origen, dió margen, corrompida por el demonio, á la horrible superstición de los sacrificios humanos, llegando al extremo de creer que no se podía *suplicar por una cabeza* sino al precio de una cabeza². Este era el espectáculo que presentaba universalmente el Gentilismo, y si nos trasladamos á América á fines del siglo xv, encontraremos la misma creencia, si bien llevada á más alto grado de crueldad: los sacerdotes mejicanos necesitaban veinte mil víctimas anuales, y para procurárselas era indispensable declarar la guerra á algún pueblo, si bien en caso necesario los mejicanos sacrificaban á sus propios hijos. El sacrificador abría el pecho de las víctimas y arrancaba el corazón aun palpitante; el gran sacerdote exprimía la

¹ *Explicaciones sobre los sacrificios*, por Mr. de Maistre, pág. 396.

² Macrobius, *Satur* 1, 7.

sangre que contenia, la hacia caer en la boca del idolo, y todos los sacerdotes comian la carne de las víctimas ¹.

Fácilmente se comprende que lejos de ser agradables á Dios, los sacrificios gentiles eran horribles atentados que provocaban su justa cólera, al paso que los de los Judíos, si bien inocentes, eran por sí mismos enteramente ineficaces; pues ¿qué proporcion existe, decid, entre un Dios irritado y la sangre y el barro? Una injuria dirigida al Ser infinitamente perfecto es por lo mismo infinita, y para equilibrar la reparacion con la ofensa, es necesaria una expiacion de un precio infinito; ahora bien, en los sacrificios antiguos buscaréis en vano semejante expiacion, y si Dios se dignaba aceptarlos no era por razon de su valor intrínseco, sino como imágenes de un sacrificio digno de él, es decir, de un mérito y de un valor infinitos. Un sacrificio de un mérito infinito supone una víctima de un precio infinito; solo Dios es infinito; luego la única víctima digna de Dios, capaz de proporcionar la expiacion á la ofensa, es el mismo Dios.

Si; un Dios, víctima de un Dios inmolado por el hombre, este es el grande, el profundo misterio que la razon humana sospechaba, cuyo cumplimiento deseaba y cuya eficacia simulaba con una multitud de impotentes sacrificios: Dios no dejó ignorar al género humano que esa multitud de sacrificios no podia satisfacer su justicia, y que un dia serian todos reemplazados por un sacrificio único y únicamente digno de él; así es que quinientos años antes de la inmolacion de la grande víctima, dijo á los Judíos por boca de Malaquías: *No recibiré ofrenda alguna de vuestra mano, porque desde donde nace el sol hasta donde se pone, grande es mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se ofrece y sacrifica á mi nombre ofrenda pura, porque mi nombre es grande entre las gentes* ².

Sin embargo, plúgole al Señor disimular y esperar durante cuarenta siglos hasta que por fin sonó la hora de la grande expiacion en el reloj de la eternidad: y en la plenitud de los tiempos, el Cordero de Dios, la augusta y santa víctima esperada con tanta impaciencia por el cielo y la tierra, descendió á este mundo: inmolaciones, hostias pacíficas, holocaustos, sacrificios de todo género, sombras vanas, desapareced, pues la realidad llega: el género humano no necesita ya de vosotros, y un sacrificio único os reemplazará, el solo que podrá satisfacer todas las exigencias del Criador, todas las necesidades de la criatura. Oid al Hijo de Dios, al Sacerdote católico del Padre ³, quien al entrar en el mundo anuncia el fin de vuestro reinado: ¡Oh Padre mio! dice, *sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me apropiaste cuerpo;*

¹ Explicaciones sobre los sacrificios, pág. 413.

² Malach. 1, 11.

³ Sacerdos patris catholicus. (Tertull.)

holocaustos por el pecado no te agradaron; entonces dije: Heme aqui que vengo; en el principio del libro está escrito de mí, para hacer, ó Dios, tu voluntad ¹.

La santa víctima fué inmolada, y no ignoramos ni el lugar, ni el dia, ni la hora, ni la eficacia de su sacrificio: *El altar se levantó en Jerusalem, pero la sangre de la víctima inundó el universo* ². Á la vista de esta sangre, Dios y el hombre, el cielo y la tierra, los Ángeles y las criaturas todas se estremecieron en cierto modo de dolor y de alegría; esta sangre fué útil á todos: á Dios, pues le devolvió la gloria; al hombre, pues le devolvió la paz, porque *quiso Dios reconciliar por él á sí mismo todas las cosas, pacificando por la sangre de su cruz tanto lo que está en la tierra como lo que está en el cielo* ³.

Las palabras que el Hijo de Dios dirige á su Padre demuestran claramente que el sacrificio del Salvador ha sido sustituido á todos los sacrificios antiguos, y que contiene en sí todas sus propiedades; en efecto, estos sacrificios eran de cuatro clases: 1º. El *holocausto*, en el cual se quemaba la víctima entera; el fin principal de este sacrificio era honrar á Dios en su santidad infinita, en su dominio supremo y en la plenitud de todas sus perfecciones; 2º. el *sacrificio pacífico*, el cual se ofrecia á Dios en accion de gracias por sus beneficios, y para prestarle homenaje de sus dones; 3º. el *sacrificio de propiciacion*, que se ofrecia para tributar á la justicia de Dios la satisfaccion que le es debida, á causa de nuestros pecados, y para hacérselo propicio; 4º. el *sacrificio impetratorio*, que se ofrecia á Dios para obtener de su liberalidad las gracias y los beneficios necesarios á la vida espiritual y corporal, temporal y eterna; y si bien este sacrificio parece tener únicamente por objeto el interés de la criatura, es sin embargo un homenaje que tributamos á Dios, una confesion de nuestra dependencia y de la necesidad que tenemos de su auxilio, reconociéndole por origen y causa de todos los bienes.

Es necesario no echar en olvido que en todos los mencionados sacrificios los sacerdotes y el pueblo *debían* participar de la víctima comiendo una parte de ella, manducacion tan esencial, que en el holocausto en que la víctima era enteramente consumida, el pueblo participaba de ella en cierto modo, comiendo de otra hostia que se ofrecia junto con el holocausto. Esta era la gran ley y la indispensable condicion del sacrificio, ley revelada desde el origen de los tiempos, condicion impuesta por el mismo Dios, puesto que ¡cosa admirable! esta participacion de todos en la víctima tenia lugar en todos los pueblos.

¹ Hebr. x, 5.

² Orig. Homil. I in Levit. n. 3.

³ Colos. 1, 20; Ephes. 1, 10; Hebr. ix, 23.

« Por toda la tierra, dice Pelisson, era comida la carne de las víctimas, y en todas las naciones este último acto del sacrificio era considerado como un solemne banquete del hombre con Dios; de aquí proviene el que en los antiguos poetas gentiles hallemos con tanta frecuencia mencionado el festin de Júpiter, los manjares de Neptuno, para significar las víctimas que se comían despues de haberlas inmolado á aquellas falsas deidades; y si entre los Judíos habia tambien holocaustos, es decir, sacrificios en que la víctima era enteramente quemada en honor de Dios, iban acompañados de la ofrenda de una torta, á fin de que aun en estos sacrificios pudiese el hombre comer algo ¹. »

Hay comunión con la Divinidad por medio de las sustancias que le son inmoladas; tal fué la ley del mundo entero antes del nacimiento del Salvador; lo repetimos, la comunión formaba parte del sacrificio, era su complemento y el lazo de la unidad religiosa. Esta idea universal era verdadera y profética: verdadera, pues dimanaba de una revelación primitiva; profética, pues anunciaba otra comunión, del mismo modo que los sacrificios antiguos anunciaban otro sacrificio.

Este sacrificio es el del Calvario, el cual, como vamos á demostrar, se armoniza perfectamente completándolos con todos los sacrificios antiguos. 1º. El sacrificio del Calvario es holocáustico ó latréutico, pues todo él se consagra y ofrece á Dios, por quien la víctima es enteramente inmolada; 2º. es *pacífico* ó de acción de gracias, puesto que se ofrece para dar gracias á Dios de sus beneficios, y para prestarle homenaje de sus dones; 3º. es *propiciatorio*, puesto que se ofreció para expiar los pecados del mundo, y para satisfacer á la justicia divina; 4º. es *impetratorio*, puesto que se ofreció á fin de merecer y obtener para los hombres todas las gracias y bienes necesarios á la vida del cuerpo y del alma, del tiempo y de la eternidad. El sacrificio del Calvario completa y reemplaza los sacrificios antiguos, en cuanto es de un precio infinito: esta es la doctrina de la Iglesia católica ².

Como todos los sacrificios antiguos, el de la nueva alianza debe ir acompañado de una comunión con la víctima santa; y como este sacrificio es de todos los tiempos y de todos los países hasta el fin del mundo, es preciso que la comunión con la víctima que se ofrece sea posible á todas las generaciones que se sucederán sobre la tierra hasta la consumación de los siglos; por esto es que entró en los incomprensibles designios del amor omnipotente el perpetuar hasta el fin del mundo, y por medios muy superiores á nuestra limitada inteligencia, el mismo sacrificio del Calvario, ofrecido materialmente solo una vez para la salvación del género humano, y por una bondad inmensa, y

¹ *Tratado de la Eucaristía*, pág. 182. París, 1694.

² Conc. Trid. sess. XXII, c. 2 et 3.

para contrarestar una inmensa degradación, la carne divinizada y perpetuamente inmolada de la víctima del Calvario es presentada al hombre bajo la forma exterior de su alimento privilegiado, tanto *que si no la comiere no tendrá vida en él* ¹.

Y así como la palabra, que no es otra cosa en el orden material sino una serie de ondulaciones circulares excitadas en el aire, semejantes á las que vemos en la superficie del agua agitada en un punto; así como, repito, la palabra llega sin embargo en toda su misteriosa integridad á todos los oídos conmovidos por el fluido agitado, del mismo modo la esencia corporal de aquel que se llama la palabra, irradiando del centro de la omnipotencia, que está en todas partes, entra entera en cada boca, y se multiplica al infinito sin dividirse; mas rápida que el relámpago, mas activa que el rayo, la sangre *teándrica penetra en las entrañas culpables* para lavar sus manchas ², y por una afinidad verdaderamente divina, se apodera de los elementos del hombre y los transforma sin destruirlos ³. Así es como desde la venida del Redentor, el hombre comunica con Dios, no de un modo figurado, sino real y sustancialmente, y lo mismo sucederá mientras haya hombres que santificar.

Ahora bien, la continuación del sacrificio de la cruz que pone al hombre en estado de participar por la manducación de la gran víctima del Calvario es el sacrificio del altar, de lo cual se desprende naturalmente la contestación que debe darse á nuestra tercera pregunta de si la misa es un verdadero sacrificio.

Sí, la misa es un verdadero sacrificio: en efecto, la misa ó el sacrificio del altar es el mismo que el de la cruz; en el altar y en el Calvario veo igual víctima, igual sacerdote, iguales fines, y la sola diferencia entre ambos está en el modo como es ofrecido; sangriento en el Calvario, no lo es en el altar ⁴; allí, culpable; aquí, inocente; allí, verdugos; aquí, el sacerdote.

En primer lugar, en el altar y en el Calvario es *una misma la víctima*; esta es Nuestro Señor Jesucristo que se ofrece y se inmola bajo las especies de pan y vino.

Es *uno mismo el sacerdote*: en el Calvario Nuestro Señor se inmoló á sí mismo. *No me quita mi alma ninguno*, nos dice, *mas yo la pongo por mí mismo* ⁵; lo mismo sucede en el altar, donde el sacerdote

¹ Joan. vi, 54.

² *Adhæreat visceribus meis... ut in me non remaneat scelerum macula. (Liturgia de la misa.)*

³ *Explicaciones sobre los sacrificios.*

⁴ *Una enim eademque est hostia, idem nunc offerens sacerdotis ministerio, qui seipsum tunc in cruce obtulit, sola offerendi ratione diversa. (Conc. Trid. sess. XXII, c. 2.)*

⁵ Joan. x, 18.

mortal no es mas que el ministro del sacerdote eterno, obrando por su orden y por delegacion suya, en virtud de estas palabras: *Haced esto en memoria de mi*; y para manifestar aun mejor que el sacerdote obra únicamente en nombre de Jesucristo, no dice: *Este es el cuerpo de Jesucristo*, sino *Este es mi cuerpo*, con lo que desaparece el sacerdote secundario, para dejar al sacerdote principal convertir la sustancia del pan y del vino en la de su cuerpo y de su sangre.

El objeto del sacrificio es el mismo en el altar y en el Calvario, y á Dios se ofrece en ambos casos. El del Calvario se verificó para mayor gloria de Dios y para reconocer su supremo dominio, presentándole una víctima igual á él, y lo mismo sucede en el sacrificio del altar: la Iglesia católica jamás ofrece la misa á un Santo, á un Ángel, ni aun á la augusta María, pues siendo el sacrificio el acto del culto supremo, no puede sin idolatría ofrecerse á criatura alguna, de modo que los herejes que dirigen semejante cargo á la Iglesia, la calumnian.

San Agustin les contestó lo siguiente hace mil quinientos años: « No levantamos templos, ni ordenamos presbíteros, ni instituímos » sacrificios para los Mártires, pues no son dioses nuestros; nuestro » Dios es su Dios; y si bien es cierto que honramos sus sepulcros como se merece la última morada de los buenos servidores de Dios » que combatieron por la verdad hasta la muerte, y derramaron su » sangre para extender la verdadera Religion y vencer el error, ¿quién » ha oido decir jamás á un sacerdote católico, en pié delante del altar consagrado á Dios sobre el cuerpo de un Mártir: Pedro, Pablo » ó Cipriano, te ofrezco este sacrificio? Al ofrecerlo sobre sus monumentos, se ofrece al Dios que les hizo hombres y Mártires y que les » reunió á sus Ángeles, y si se instituyó que se celebrasen tales solemnidades sobre sus sepulcros fué á fin de dar gracias al verdadero » Dios por la victoria que reportaron, y de que su vista nos excite, » imitando su valor, á hacernos dignos de tener parte en sus coronas » y en sus recompensas. Así pues, todos los actos de religion y de » piedad que se practican en los sepulcros de los santos Mártires son » otras tantas honras tributadas á su memoria y no sacrificios que se » les ofrezcan como á dioses. En una palabra, quien conozca el único » sacrificio de los Cristianos que en aquellos sepulcros se ofrece á Dios, » sabe que en ellos no se sacrifica á los Mártires¹. »

El sacrificio del altar se ofrece con los mismos fines que el del Calvario, es decir, para adorar á Dios, para darle gracias, para implorar sus beneficios y para expiar nuestros pecados; esta es aun la fe de la Iglesia universal, esto significan las palabras del Salvador: *Haced esto en memoria de mi*, es decir, ofreced, como yo he ofrecido,

¹ Ciudad de Dios, lib. VIII, c. 27.

la misma víctima al mismo Dios y para iguales fines¹. Tenemos, pues, que el sacrificio de la misa es el mismo que el del Calvario; únicamente es distinto el modo de ofrecerlo². Pero ¡qué digo! en el sacrificio de la misa el Salvador renueva no solo los misterios de su muerte, sino tambien los de su resurreccion y de su gloriosa vida.

1º. Renueva los misterios de su muerte. Nuestro Señor, al convertir el pan en su cuerpo, ofrece este cuerpo adorable como lo ofreció en la cruz; la Eucaristía encierra su Pasion³, y al comerla anunciamos su muerte solo porque, segun expresion de san Pablo, ofrece en nuestros altares su muerte preciosa⁴; luego es una verdad decir con san Cipriano, que el sacrificio que ofrecemos es la misma Pasion del Salvador⁵. El aparato exterior del Calvario que falta en el altar nada de comun tenia con el sacrificador; lo esencial del sacrificio de la cruz consistió en la oblacion que de su cuerpo hizo Jesucristo, y lo mismo se verifica en el altar.

2º. Renueva los misterios de su resurreccion y de su gloriosa vida. El Salvador se ofrece en el altar como en su resurreccion, puesto que en él ofrece su inmortal y glorioso cuerpo; se ofrece como en su ascension, puesto que sube del altar de la tierra al sublime altar del cielo, segun las palabras del Cánon, para residir é interceder allí en nuestro favor, ofreciendo siempre de este modo una misma hostia. Esta es la causa porque en la misa decimos ofrecer el sacrificio para renovar la memoria de la Pasion, de la resurreccion y de la ascension de Nuestro Señor Jesucristo, y hé aquí explicada la reunion en la misa de todos los misterios que constituyeron las diferentes partes, la continuacion ó el fruto del sacrificio del Salvador, y el literal cumplimiento de esta profecía de David: *Dando sustento á los que le temen, dejó memoria de sus maravillas*⁶.

Estas explicaciones hacen casi inútil la contestacion á nuestra última pregunta de si ¿es necesaria la misa?

Sí, la misa es necesaria en el plan cristiano de nuestra santificacion; es cierto que el sacrificio del Calvario satisfizo plenamente á Dios por todos nuestros pecados; que solventó enteramente todas nuestras deudas, pues su precio fué infinito; que basta y sobra para santificar mil mundos, aun cuando fuesen mil veces mas culpables que el nuestro; todo esto es verdad, y sin embargo la misa es necesaria, en cuanto es preciso que el sacrificio del Calvario se consume en nosotros, que nos sea aplicado, identificado por medio de nuestra co-

¹ Conc. Trid. sess. XXII, c. 1, etc.

² Conc. Trid. sess. XXII.

³ *Cenam suam dedit, Passionem suam dedit.* (S. Aug. in Psalm. XXI.)

⁴ I Cor. xi, 26.

⁵ *Passio est enim Domini sacrificium quod offerimus.* (Epist. LXIII ad Cecil.)

⁶ Psalm. cx.

munion con la santa víctima, víctima divina que no podía ser comida por los fieles en el Calvario; esto es lo que faltó en el altar de la cruz, y esto mismo es lo que se verifica en el altar de la Iglesia por medio de la comunión. En el Calvario y en nuestros altares se ofrece la misma víctima, mas al paso que en el Calvario solo es ofrecida, en nuestros altares es ofrecida y distribuida, según expresión de san Agustín¹. « En el altar se realiza la perfección del sacrificio de la » cruz, añade san Ambrosio, pues Jesucristo nos alimenta allí real y » diariamente con el sacramento de su Pasion². »

Así pues, con el sacrificio de la cruz Jesucristo pagó el precio de nuestro rescate, y con el del altar nos aplica el fruto de su liberalidad, de lo que se sigue que el sacrificio de la grande víctima verificado en el Calvario no se terminó en aquel acto, sino que empezó para durar hasta los siglos de los siglos³, pues es necesario que todas las generaciones que vengan á este mundo hallen preparado el divino banquete, y que puedan santificarse, divinizarse, *cristianizarse*; si así me es permitido decirlo, incorporándose con la sangre y carne de Cristo, víctima única, eterna, católica, del cielo y de la tierra. Resulta, pues, que la misa es absolutamente necesaria en el plan cristiano de nuestra santificación.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber instituido el sacrificio de nuestros altares á fin de perpetuar el sacrificio del Calvario y de aplicarnos sus frutos; hacedme la gracia de asistir siempre á la santa misa con las disposiciones necesarias para aprovecharme de ella.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *asistiré al sacrificio del altar como habria asistido al del Calvario.*

¹ Conf. lib. IX, c. 12 y 13.

² Significans Passionem Domini Jesu, cujus quotidie vescimur sacramento. (*In Psalm.*)

³ S. Lig. *Selva*, t. II, pág. 197.

LECCION XII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Excelencia del sacrificio de la misa. — Rasgo histórico. — El sacerdote. — Sus preparaciones. — Sus vestiduras. — Amito. — Alba. — Cingulo. — Manipulo. — Estola. — Casulla. — Estola del diácono. — Dalmática. — Túnica del subdiácono. — Sobrepelliz. — Capa. — Riqueza de los ornamentos.

I. Excelencia del santo sacrificio de la misa. — Juntad los méritos de la augusta María, las adoraciones de los Ángeles, los trabajos de los Apóstoles, los sufrimientos de los Mártires, las austeridades de los Anacoretas, la pureza de las Vírgenes, las virtudes de los Confesores, en una palabra, las buenas obras de todos los Santos que ha habido, hay y habrá desde el principio del mundo hasta la consumación de los siglos; unid á ellas con el pensamiento los méritos de los Santos de mil mundos mas perfectos que el nuestro, y es de fe que no habréis reunido el valor de una sola misa: la razón es obvia; todos los honores que las criaturas pueden tributar á Dios son honores finitos, mientras que el honor que se presta á Dios con el sacrificio de nuestros altares es infinito en cuanto lo presta una persona divina¹. Tal es, pues, la excelencia del augusto sacrificio de nuestros altares considerado en sí mismo.

No es menos grande si lo consideramos en sus efectos, y para conocerlo no tenemos mas que deducir la consecuencia de lo que acabamos de decir. Entre las obras todas, no hay otra tan agradable á Dios como la santa misa, no hay otra mas eficaz para desarmar su cólera, no hay otra que aplique tan terrible golpe á las potencias infernales, no hay otra que procure tan grande abundancia de gracias al hombre viajero, ni otra, por fin, que obtenga mayor alivio para las almas del purgatorio. De aquí los magníficos y justos encomios que la han tributado los Padres de la Iglesia y los santos Doctores. « La misa, dice san Odon, abad de Cluny, es la obra á que va unida » la salvación del mundo². » « La tierra, añade Timoteo de Jerusalem, » debe su conservación á la misa; sin ella hace ya mucho tiempo que » los pecados de los hombres la habrían aniquilado³. » « Cada vez, » continúa san Buenaventura, que Nuestro Señor se inmola en el

¹ Conc. Trid. sess. XXII.

² In hoc mysterio salus mundi tota consistit. (*Opusc.* 2, c. 28.)

³ Per quam terrarum orbis consistit. (*Orat. de Proph.*)